



VALLADOLID

LA rica *Valladolid*, según la llama Quevedo, famosa y pródiga en resfriados, era de las ciudades situadas al Norte del Tajo, la que con más afán deseaba yo visitar, aunque supiera que no encerraba grandes monumentos artísticos, ni cosa alguna notable de la época romana. Sentía viva simpatía hacia su nombre, su historia y el carácter, que me había imaginado á mi manera, de sus habitantes. Parecíame que había de ser una ciudad noble, alegre y estudiosa: y no podía pensar en sus calles sin que viese pasear por ellas á Góngora, Cervantes, Leonardo de Argensola y demás poetas, historiadores y sabios que vivían allí cuando era espléndida corte de la monarquía. Y al pensar en la corte, veía en las espaciosas plazas de mi simpática ciudad confuso movimiento de procesiones sagradas, de corridas de toros, de fiestas militares, de máscaras, de bailes: toda la algarabía de las fiestas celebradas por el nacimiento de Felipe IV y la llegada del Almirante inglés con su cortejo de seiscientos caballeros, hasta el último banquete con

sus famosos mil doscientos platos de carne, sin contar los que no se sirvieron, dando crédito á la tradición popular.—Llegué de noche, entré en la primera fonda que me deparó la fortuna y me dormí con la idea agradable de que despertaría en una ciudad desconocida. Y despertar en una ciudad desconocida, cuando uno se encuentra en ella por su propio gusto, produce un placer vivísimo. Pensar que desde que se salga de casa hasta que ya de noche se vuelva, no se ha de hacer sino ir pasando de curiosidad en curiosidad, de satisfacción en satisfacción; que todo lo que verá parecerá nuevo, que á cada paso se conocerá algo y que cada cosa quedará guardada en nuestra memoria para toda la vida; que será uno, durante todo el día, libre como el aire y alegre como los pájaros, recordando del mundo solo aquello que pueda divertir; que al divertirnos, trabajaremos por la salud del cuerpo, del alma y de la inteligencia; que el término, por fin, de todos esos placeres, en vez de dejaros rastro melancólico, como la noche de un día de fiesta, no será otra cosa que el principio de nueva serie de placeres que os acompañarán de aquella ciudad hasta otra y desde ésta á una tercera, y así continuando paso á paso, por un espacio de tiempo, al cual la fantasía se complace en no poner límite... todos estos pensamientos, digo, que en tropel acuden á la mente en cuanto se abren los ojos, producen tal sacudida de placer, que sin advertirlo, se encuentra uno en mitad de la calle con el sombrero puesto y la *Guía* en la mano!... Vamos, pues, á gozar de Valladolid.—¡Infeliz de mí! ¡Cuán cambiada desde los hermosos días

de Felipe III! La población, que fué de cien mil almas, queda reducida ahora á veinte mil. Prestan alguna vida á las calles principales los estudiantes de la Universidad y los viajeros de paso para Madrid: las demás solitarias y muertas.

Es una ciudad que produce el efecto de un gran palacio abandonado, en el cual se vieran todavía algunos restos de bajo-relieves dorados y mosaicos, y en la sala central alguna familia de gente infeliz, á la cual inspira melancolía la solitaria grandiosidad del edificio. Muchas y espaciosas plazas, algun antiguo palacio, casas arruinadas, conventos vacíos y largas calles desiertas y musgosas; en una palabra, el aspecto de una gran ciudad en la decadencia. El punto más bonito es la plaza Mayor, ancha y rodeada de pórticos sostenidos por grandes columnas de granito azulado, sobre las cuales se levantan las casas, todas de tres pisos, guarnecidas de tres órdenes de espaciosos balcones, en los cuales se dice que estarían cómodamente sentadas veinticuatro mil personas. Los pórticos se extienden á ambos lados de una ancha calle que desemboca en la plaza, calle que con otras dos ó tres, cercanas á la Mayor, son las más concurridas de la ciudad.—Era día de mercado. Bajo los pórticos y por la plaza circulaba gran muchedumbre de campesinos, hortelanos y mercaderes; y como en Valladolid se habla el castellano con admirable propiedad de forma y acento, híceme el tonto mirando los cestos de legumbres y los montones de naranjas, con objeto de coger al vuelo la forma y el acento de tan hermoso idioma. Recuerdo, entre otros, un

precioso proverbio que cierta mujer irritada dedicaba á un jóven fanfarron:

—*¿Sabe V.*—le dijo mirándole á la cara,—*qué es lo que destruye al hombre? Tres muchos y tres pocos: mucho hablar y poco saber; mucho gastar y poco tener; mucho presumir y nada valer.*

Y me pareció percibir una notable diferencia entre el acento de aquella gente y el de los catalanes; más limpio y argentino aquí, con gestos más suaves y la expresion más viva. Con todo, no ofrecian particularidad alguna en la fisonomía y los colores, y se diferencian poco en el modo de vestir de nuestros pueblos del Norte. En la plaza de Valladolid noté por vez primera, que desde que entré en España no había visto fumar en pipa. Los trabajadores, los campesinos, los pobres, todos fuman el *cigarrillo*; y en verdad que causa risa ver á ciertos hombres atléticos y barbudos, ir de aquí para allá con objeto microscópico en la boca, medio escondido entre los labios, chupando con afan la última hoja de tabaco, hasta que no queda más que una chispa moribunda sobre el labio inferior y conservando allí aquellos restos cual si saboreasen una gota de rico licor, hasta que escupen las cenizas, como si hicieran un sacrificio!.... Y otra cosa noté que tuve ocasion de observar despues durante el tiempo que permanecí en España: nunca oí silbar.

De la plaza Mayor, fuíme directamente á la de San Pablo, sitio espacioso y alegre en el cual se levanta el antiguo palacio de los Reyes. La fachada no es notable ni por su grandiosidad ni por su belle-

za, y antes me inspiró tristeza el silencio que allí reinaba, que admiración la majestad del sitio. No hay cosa que produzca impresión tan parecida á la que causa un cementerio, como la vista de una morada régia abandonada, tal vez porque allí se presenta más fuerte y vivo que en otra parte alguna el contraste de lo que fué con lo que es. ¡Oh, magníficos cortejos de apuestos caballeros! ¡Oh, espléndidos banquetes! ¡Oh, goce febril de una prosperidad que parecía eterna!... Ante esos sepulcros vacíos, es un raro y desconocido gusto toser un poco, como hacen alguna vez los enfermos por probar la resistencia de sus pulmones, y oír cómo el eco repite nuestra robusta voz, dejándonos comprender que somos jóvenes y gozamos de buena salud.—En el interior del palacio hay un patio grandioso, rodeado de bustos de medio relieve, que representan á los emperadores romanos: una magnífica escalera y una espaciosa galería en el piso superior; tosi, y el eco me respondió:—”¡Buena salud gozamos, amigo!” y me marché contento.

Un portero señoliento me enseñó otro palacio en la misma plaza, que no me había llamado la atención, y me dijo que en aquella morada había nacido *el gran rey Felipe II*, de quien recibió Valladolid el título de ciudad.

—¿Usted sabe?... *Felipe II, hijo de Carlos V, padre de...*

—*Lo sé, lo sé*, me apresuré á contestarle por salvar el *realivo*, y dando una siniestra mirada al siniestro palacio me alejé de aquel sitio.

Frente al Palacio real se levanta el Convento de

Dominicos de San Pablo. La fachada del edificio es de estilo gótico, sumamente rica y tan recargada de estatuas, bajo-relieves y adornos de todas clases, que con la mitad de ellos podría embellecerse un palacio entero. En aquel momento le daba de lleno el sol y el efecto era magnífico. Mientras contemplaba á mi sabor aquel laberinto de esculturas que atrae la mirada de modo irresistible, un rapaz de siete á ocho años que se hallaba sentado en un ángulo lejano de la plaza, echó á correr hácia mí, disparado como una flecha, gritándome con voz afanosa y tierna:

—*¡Señorito, señorito, que le quiero á Vd. mucho!*

—¡Esta sí que es buena!—dije para mi capote;— ¡ya tenemos á los pobres haciéndonos declaraciones de amor!—Se me puse delante y le pregunté:

—*¿Por qué me quieres?*

—*Porque Vd. me dará una limosnita*, me contestó con toda franqueza.

—*¿Y por qué te la he de dar?*

—*Porque...*—respondió titubeando; pero luego, como quien acierta con un argumento incontestable, añadió resuelto:

—*Porque tiene Vd. el libro.*

¡La *Guía* que llevaba debajo del brazo! ¿No es cierto que es necesario viajar para oír cosas nuevas? Yo llevaba la *Guía*; la *Guía* la llevan los forasteros; los forasteros dan limosna: luego, yo debía mostrarme liberal con el muchacho. Y todo esto en lugar de decir: ”¡tengo hambre!” El razonamiento me gustó, y puse en la mano del filósofo rapaz los pocos *cuartos* que encontré en mis bolsillos. En una calle vecina

ví la fachada del Convento dominicano de San Gregorio, de estilo gótico puro, más rica y grandiosa que la de San Pablo. Después, de calle en calle, salí á la plaza de la Catedral. Al entrar en la plaza topé con una graciosísima española á quien se hubieran podido aplicar aquellos dos versos de Espronceda:

«Y que yo la he de querer
Por su paso de andadura,»

ó el nuestro "no era el su andar cosa de mortales," gracia suprema de las mujeres españolas. Su caminar resbaladizo, tiene las provocadoras ondulaciones de la serpiente que los ojos no pueden seguir una á una, ni retenerlas la memoria, ni expresarlas la pluma; pero que forman el conjunto más seductor de la mujer. Me hallé perplejo; en el fondo de la plaza veía la gran mole de la Catedral y la curiosidad me estimulaba á mirar aquella fábrica; veía también, á pocos pasos de distancia, aquella mujer encantadora, y una curiosidad no ménos viva me obligaba á fijar los ojos en aquel pedazo de cielo; y no queriendo perder ni el primer golpe de vista de la Iglesia ni la vision fugaz de la encantadora mujer, volaban mis ojos con tan afanosa curiosidad de la cúpula al rostro de la jóven y del rostro de ésta á la cúpula, que la bella desconocida creyó, sin duda, que yo había descubierto alguna analogía de líneas, ó alguna relacion misteriosa de simpatía entre ella y el edificio, porque lo miró también y al pasar por mi lado se sonrió.

La catedral de Valladolid, aunque no terminada, es una de las catedrales más grandes de España. Una imponente masa de granito, que produce en el alma

del infiel efecto semejante al causado por la iglesia del *Pilar de Zaragoza*. Al penetrar en ella se vuela con el pensamiento á la Basílica de San Pedro; su arquitectura sencilla y grandiosa recibe del color oscuro de la piedra, como reflejos de tristeza. Sus desnudas paredes, sus sombrías capillas, los arcos, los pilares, las puertas, todo es gigantesco y severo. Es una de aquellas catedrales que hacen murmurar la plegaria con sentimiento de terror secreto. No había visto el Escorial todavía, pero se me vino á la mente. Y con efecto, ambos edificios son obras del mismo arquitecto. La iglesia fué dejada sin terminar para dar comienzo á la construccion del Monasterio y sucede ahora que visitando éste, se recuerda aquella. A la derecha del altar mayor, en una pequeña capilla, se levanta la tumba de Pedro Ansurez, señor y bienhechor de Valladolid; cuya propia espada se vé sobre el monumento. Me hallaba solo en la iglesia y oía resonar mis pasos; experimenté en aquel momento un frío tan intenso y un terror tan infantil, que volví la espalda á la tumba y salí á la calle.

Una vez en ella, preguntéle á un cura dónde estaba la casa que había habitado Cervantes. Díjome que en la calle del mismo nombre, indicándome hácia qué punto debía dirigirme. Díle las gracias; preguntóme si era extranjero; le contesté que sí.

—¿De Italia?

—De Italia.

Me miró de piés á cabeza, se quitó el sombrero y fuese calle arriba. Yo también eché á andar, pero en sentido opuesto, cuando de pronto me acudió una idea.

—Apuesto doble contra sencillo á que se ha parado por ver la facha de un carcelero del Papa. Volví la cara y, con efecto, inmóvil estaba en mitad de la calle, contemplándome atentamente. No pude contener la risa, aunque procuré disimularla con un: "*Beso á Vd la mano,*" á cuyo saludo contestó el cura dándome los "*buenos días,*" y siguiendo luego su camino, no sin pensar de mí, con extrañeza seguramente, que por más que se trataba de un italiano, no tenía yo el tipo de un bribon. Atravesé dos ó tres calles estrechas y silenciosas, y salí á la de Cervantes, larga, derecha y fangosa, con casas de mezquino aspecto. Anduve buen trecho,—sin encontrar otra gente que soldados, criadas ó algun mulo,—buscando afanoso por las paredes la inscripcion: "*Aquí vivió Cervantes*" etc., etc., pero no dí con ella. Llegué hasta el extremo de la calle, que sale al campo; no había alma viviente. Miré alrededor y decidí volverme por el mismo camino. Encontré un arriero y le pregunté:

—¿*Dónde está la casa en que vivió Cervantes?*

Por toda respuesta le arrimó un palo al mulo y siguió adelante. Preguntéle despues á un soldado que me mandó á una tienda. En ésta preguntélo á una vieja que no me comprendió, pues creyendo sin duda que quería comprar el *Don Quijote*, indicóme una librería. El librero que quería hacer su negocio y no sabía resolverse á decirme que no tenía noticia de la casa de Cervantes, me llenó los cascos, hablándome de la vida y obras del *milagroso escritor*; en suma, que me marché sin haber visto la dichosa casa. Y seguramente existirá memoria de aquella casa (que

no busqué tal vez como debía), no sólo porque la habitó Cervantes, sino porque fué teatro de una escena que refieren todos los biógrafos del insigne escritor.

Poco tiempo despues de haber nacido Felipe IV, cierta noche, un caballero de la corte y un desconocido se trabaron de palabras, no se sabe por qué, y empuñando luego los aceros y tras una breve lucha, cayó mortalmente herido el caballero. El desconocido echó á correr, pero el herido, bañado en sangre, llamó á una casa vecina en demanda de socorro. Vivían en la casa Cervantes con su familia y la viuda de un renombrado cronista, con dos hijos. Uno de estos salió, levantó del suelo al herido y llamó luego á Cervantes que se había acostado ya. Salió en seguida el autor del *Don Quijote* y ambos llevaron el herido á casa de la viuda. A los dos días murió el caballero. La justicia tomó cartas en el asunto, quiso descubrir la causa del desaffo, se creyó que los combatientes hacían el amor á la hija ó sobrina de Cervantes y toda la familia fué presa. Al poco tiempo se les puso en libertad y no se habló más del asunto. ¡Solo esto le faltaba al pobre autor del *Quijote*, para poder decir con razon, que había pasado por todos los sinsabores de la vida!

En aquella misma calle de Cervantes, fuí testigo feliz de una tierna escena, grata compensacion del disgusto de no haber hallado la casa. Al pasar por delante de una puerta, sorprendo al pié de una escalera, á una castellanita, de unos doce ó trece años, hermosa como un ángel, que tenía un niño en brazos.

No encuentro palabras bastante delicadas y gentiles para describir el acto que estaba ejecutando. Una infantil curiosidad por las dulzuras del amor materno la había tentado. Los botones de su almilla salían poco á poco de sus ojales, uno tras otro, bajo la presión de un dedo tembloroso. Se hallaba sola; no se percibía en la calle ni el rumor más leve; la niña escondió en el seno su blanca mano y se quedó un momento perpleja. Miró luego al niño y sintiendo renacer el valor, hizo un ligero esfuerzo con la mano escondida y sacó fuera... lo que pudo. Entonces, entreabriendo los labios del niño con el índice y el medio, le dijo tiernamente: "Tómala" con la cara encendida y brillándole los ojos. Pero de pronto oyó mis pasos, lanzó un grito y escapó.

En lugar de la casa de Cervantes, hallé poco después la que fué cuna de D. José Zorrilla, uno de los más galanos poetas españoles de nuestra época, que todavía vive, y á quien no debe confundirse, como hacen muchos en Italia, con el otro Zorrilla, jefe del partido radical, por más que éste tenga también bastante poesía en la mollera, prodigándola á manos llenas en sus discursos políticos, con acompañamiento de gritos y gestos furiosos. Ocupa D. José Zorrilla, á mi entender, en la literatura española, un sitio algo más elevado que Prati en las letras italianas; pero los dos tienen muchos puntos de contacto: el sentimiento religioso, la pasión, la fecundidad, la espontaneidad, y algo ardiente y vago que enardece la fantasía juvenil, y un modo de leer, según se dice, solemne y retumbante, aunque algo monótono y que vuelve locos

á los españoles. Creo que, respecto á forma, es más correcta la del poeta español; uno y otro son tal vez un poco prolijos, pero ambos tienen grande aliento. Son admirables, sobre todas las demás obras de Zorrilla, *Los cantos del Trovador*, historias y leyendas llenas de dulcísimos versos amatorios y de descripciones de una verdad incomparable. Ha escrito también para el teatro; su *D. Juan Tenorio*, drama fantástico en verso, es una de las obras dramáticas más populares en España. Se representa todos los años el día de Difuntos, con grandísimo aparato y el público corre al teatro como si se tratara de una fiesta. Algunos trozos de la lírica en que abunda el drama, corren de boca en boca, especialmente la declaración de amor de D. Juan á la robada amante, que es sin duda de lo más suave, tierno y ardiente que haya salido de labios de galán enamorado en el desbordamiento impetuoso de la pasión. Desafío al más glacial de los hombres á que lea aquellos versos sin temblar; quizá aun es más potente la respuesta de la mujer:

«Don Juan, don Juan, yo lo imploro
de tu hidalga compasión!
¡ó arráncame el corazón
ó ámame, porque te adoro!

Haced que os diga estos versos una andaluza, y comprendereis que no miento; y de no seros esto posible, leed la balada que lleva por título *La Pasionaria*, un poco larga, cierto, pero llena en cambio de ternura y melancolía seductoras. De mí sé decirlo que no puedo recordarla sin que los ojos se me llenen de lágrimas. A todas horas veo á los dos enamorados,

Aurora y Félix, cuando en el desierto campo, á la caída del sol, se alejan por opuestas sendas, volviéndose á cada paso para dirigirse un saludo, sin que sus ojos se sacien de mirarse. Está escrita en versos *asonantes*, como los llaman los españoles, es decir, sin rima perfecta, pero dispuestos y ordenados de tal modo que son las mismas las vocales de las palabras finales de cada verso, á contar de la última acentuada. Es el modo mas popular de versificar en España; así está escrito el *Romancero* y son muchos los que improvisan en este metro con maravillosa facilidad. Un extranjero, si no tiene á ello el oído acostumbrado, no puede comprender la armonía de esta alase de versos.

—¿Se puede ver el Museo de Pintura?

—¿Por qué no, caballero?

La portera me abrió la puerta del Colegio Mayor de Santa Cruz, y me acompañó hasta el interior del edificio. Hay allí muchos cuadros, pero excepcion hecha de algunos originales de Rubens, Mascagni, Cárdenas y Vicente Carducci, los demás son de muy escaso valor, recogidos en los conventos y colocados sin orden en la sala, en los corredores, en la escalera y en la misma galería. Con todo, es un Museo que deja profunda impresion, parecida á la que se experimenta cuando se ve por la vez primera una corrida de toros: tan es así, que han trascurrido seis meses desde entonces y la siento tan viva aun, como si la hubiera recibido hace pocas horas. Todo lo más triste, sanguinario y horrendo que ha brotado de la paleta de los pintores españoles, se encuentra allí re-

unido. Imaginaos repugnantes llagas, miembros mutilados, cabezas separadas del tronco, cuerpos extenuados, torturados, quemados, desgarrados con cuantos tormentos haya descrito Guerrazzi en sus novelas, ó en las historias de la Inquisición, y no por ello tendreis una idea justa ni aun aproximada del Museo de Valladolid. Se pasa de sala en sala y solo se ofrece á las miradas, desencajados semblantes de moribundos, poseidos, verdugos, y por todas partes sangre y más sangre, como si brotara de las paredes para salpicaros el rostro, por el estilo de la Babette del Padre Bresciani, en las prisiones de Nápoles: cúmulo de horrores, que bastaría por sí solo á llenar todos los hospitales de un país. Al principio se experimenta un sentimiento de tristeza, despues de disgusto, y por último, de indignacion contra los artistas sanguinarios que han prostituido de tal modo el arte sublime de Rafael y de Murillo. El cuadro menos repulsivo que ví, y aun éste de un *realismo* despiadadamente español, representaba la Circuncision del Señor, con todos los pormenores de la operacion quirúrgica y un círculo de espectadores inclinados é inmóviles, como estudiando la clínica en torno del profesor.

—Vámonos, vámonos,—le dije á la cortés portera,—si me quedo aquí media hora más, saldré frito, des pellejado, ó descuartizado por lo menos, ¿No puede usted mostrarme algo más alegre?

Hízome ver la Asuncion, de Rubens, grandioso cuadro de mucho efecto, que estaría divinamente en un altar mayor; una Virgen, majestuosa y refulgente,

que se eleva al cielo rodeada por todas partes de querubes; coronas de flores, alas blancas, cabecitas de oro y rayos encendidos; y todo se mueve y agita, cual bandada de pájaros que fueran á remontar el vuelo y desaparecer de un momento á otro. Pero estaba escrito que no había de salir del Museo bajo la impresion de aquella imágen agradable. La portera abrió una puerta y me dijo riendo:

—Entre Vd.

Eatré, pero en seguida retrocedí asustado: parecióme que me había metido en un manicomio de gigantes. La sala estaba llena de colosales estatuas de madera pintada, representando todos los actores y comparsas del gran drama de la Pasion; soldados, carceleros, espectadores, cada uno con la ocupacion propia de su oficio: éste en el momento de azotar, hiriendo aquel, leyendo el otro, escarneciendo el de más allá, con los horribles semblantes horrorosamente contraídos; las mujeres arrodilladas, Jesús clavado en una enorme cruz, los ladrones, la escalera, los instrumentos del suplicio: todo lo necesario, en una palabra, para representar la Pasion y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, como se hacía antes, en la plaza, con un grupo de aquellos colosos, que debian ocupar el espacio de una casa. Y allí tambien, llagas, cabellos empapados en sangre y heri las capaces de hacer temblar á cualquiera.

—¿Vé Vd. aquel judío?—me dijo la mujer enseñándome una de las estatuas, ó mejor dicho, un tipo patibulario que veo todavía en sueños de vez en cuando.—Pues aquel judío, cuando se representaba

la Pasion en la plaza pública, fué necesario quitarlo del grupo, tan feo es y tan triste: el pueblo, que lo odiaba á muerte, quería hacerlo pedazos, y como á los guardias les costaba mucho trabajo evitar que se pasara de las amenazas á los hechos, se prescindió por fin de la cooperacion del judío.

Hermosísima me pareció una Virgen (no sé si de Berruguete, Juan de Juni ó Hernandez, porque hay estatuas de los tres), arrodillada, juntas las manos y la mirada en el cielo, con tal expresion de desesperado dolor, que mueve á lástima como si fueda un sér viviente, porque en realidad, á poca distancia, no parece escultura; tanto es así, que al verla de repente, no es posible evitar una exclamacion de sorpresa.

—*Los ingleses*—me dijo la portera, (porque los *ciceroni* se sirven de los juicios de los ingleses para expresar sus opiniones, exponiendo á veces las ideas más extravagantes),—*los ingleses dicen que no le falta más que el habla.*

Me conformé de buen grado con el parecer de los ingleses; díle á la portera los acostumbrados *reales*, y salí de allí llena la cabeza de imágenes sangrientas. Al hallarme en la calle, saludé el alegre cielo con inusitado placier, cual estudiante novicio al dejar la sala anatómica que ha visitado por vez primera. Vi despues el hermoso palacio de la Universidad, la plaza del Campo Grande, donde la Santa Inquisicion encendía sus hogueras; ancha, alegre, rodeada de quince conventos, y algunas iglesias adornadas con pinturas, y cuando noté que los recuerdos de todo lo visto se confundian en mi mente, me metí la Guía en el

bolsillo y dirigí mis pasos hácia la plaza Mayor. Lo mismo hice en las demás ciudades: cuando la imaginación se halla cansada, quererla forzar por el afan pedantesco de no faltar á la *Guía*, será una hermosa prueba de constancia, pero es tambien un esfuerzo de poco fruto para el que viaja con el deseo de coatar despues sus impresiones. Ya que es imposible recordarlo todo, vale mucho más no confundir la memoria de las cosas principales, con una nube de recuerdos vagos de cosas de menor cuantía. A más de que no se conserva nunca grato recuerdo de una ciudad que sólo ha servido para llenar los cascos sin provecho. —Queriendo ver el aspecto que de noche ofrecía la ciudad, fúme á pasear por los pórticos, cuyas tiendas empezaban á iluminarse. Era aquello un continuo vaiven de soldados, estudiantes y muchachas que desaparecían bajo las arcadas, daban vueltas alrededor de las columnas, se escurrían de un lado para otro, escapando á las manos atrevidas de sus perseguidores envueltos en sus anchas capas; y bandadas de muchachos que cruzaban la plaza, ensordeciendo los oídos con sus gritos estridentes. Por todas partes grupos de *caballeros*, en cuyos grupos se oían los nombres de Serrano, Sagasta y Amadeo, alternando con las palabras *justicia, libertad, traicion, honra de España* y otras semejantes.

Entré en un gran café, lleno de estudiantes de bote en bote, y satisface, como diría algun escritor selecto, mi *natural* apetito, comiendo y bebiendo *lo mester*. Mas como ardía en deseos de charlar un rato, vi á dos estudiantes que tomaban café con leche en

una mesa contigua, y sin preámbulos dirigí la palabra á uno de ellos, cosa muy corriente en España, donde se puede estar seguro de que no quedará uno sin cortés respuesta. Los dos estudiantes se me aproximaron y fácil es adivinar de qué se habló: Italia, Amadeo, Universidad, Cervantes, andaluzas, toros, viajes, Dante; en resúmen, una excursion al mapa, á la historia literaria y á las costumbres de los dos países; despues una copa de vino de Málaga y un apretón de manos, signo de afectuosa amistad... ¡Oh, *caballeros* de buena voluntad, concurrentes de todos los cafés, mis comensales de todas las mesas redondas, vecinos de butacas en todos los teatros, compañeros de viaje en todos los ferro-carriles de España; vosotros que, tantas veces, movidos de generosa lástima hácia un extranjero desconocido, á quien veáis leer con tristes ojos el *Indicador de los Ferro-carriles* ó *La Correspondencia de España*, pensando en su familia, en sus amigos, en la lejana patria, le habeis ofrecido con amable espontaneidad el *cigarrillo*, y sostenido con él una conversacion que rompía el curso de sus melancólicos pensamientos, poniéndole alegre y sereno: yo os doy las gracias, *caballeros*, de grata memoria, ya seais carlistas ó liberales, alfonsinos ó amadeistas! ¡Sí! yo os doy las gracias desde el fondo del alma, en nombre de todos los italianos que han viajado ó viajarán por vuestro querido país; y juro por el libro eterno de Miguel Cervantes, que siempre que oiga acusaros de ánimo feroz ó de costumbres salvajes por vuestros archicivilizados hermanos europeos, saldré á vuestra defensa con el ímpetu de un andaluz ó la tenacidad

de un catalán, gritando con todas las fuerzas de mis pulmones: ¡Viva la hospitalidad española!

Pocas horas después, me hallaba en un vagón del tren de Madrid, y aun duraba el silbido de la locomotora, cuando me di una palmada en la frente: ¡Ay de mí: era tarde! ¡Me había olvidado de visitar en Valladolid la casa donde murió Cristóbal Colón!



MADRID



UANDO al rayar el alba uno de mis compañeros de viaje me gritó al oído:

—¡Caballero!

—¿Nos hallamos ya en Madrid?—le pregunté despertando.

—Todavía no—me contestó,—pero mirad.

Miré hacia la campiña y ví como á media milla de distancia, en la falda de un monte, el convento del Escorial iluminado por los primeros rayos del sol. La mayor mole de granito que existe en la tierra, como ha dicho un viajero ilustre, no me pareció á primera vista el inmenso edificio que el pueblo español considera como la octava maravilla del mundo. No obstante lancé un "¡O!" como los demás viajeros que por primera vez lo veían, reservando toda mi admiración para el día en que lo visitara con toda calma y sosiego. Del Escorial á Madrid el ferro-carril atraviesa una árida llanura, que recuerda la de Roma.

—¿Vd. no ha visto Madrid?—me preguntó mi vecino.

Respondíle que no.